

MAX AGUIRRE

La arquitectura moderna en Chile (1907-1942).
Revistas de arquitectura y estrategia gremial.
The modern architecture in Chile (1907-1942).
Architecture and trade strategy magazine.
Editorial universitaria, Santiago de Chile (2012)
ISBN: 978-956-44-2369-4, 294 págs.

Reseñado por
Jorge Muñoz Sougarret
jorge.munoz@ulagos.cl
CEDER / Universidad de Los Lagos
Osorno, Chile

El arquitecto Max Aguirre en su libro, nacido a partir de su tesis doctoral del año 2006, se enfrenta a uno de los problemas fundacionales de la arquitectura y las artes latinoamericanas en general: se pregunta si todo cambio de estilo responde puramente a la imitación de formas creadas en los principales centros artísticos del mundo. Situado en tal encrucijada, el autor se propuso indagar en la arquitectura de corte moderno que planteó en su momento la solución al problema de los estilos, con el reemplazo de las formas estilísticas por la ciencia (inocua al arte y que respondía a la racionalidad). A través del estudio de la implementación de la arquitectura moderna en Chile, el autor nos propone una lectura que lleva a visitar los supuestos básicos de la difusión de las ideas y cómo se difunden, transforman y adoptan por los grupos académicos y profesionales.

Metodológicamente hablando el texto se divide en seis capítulos que con disímil extensión se abocan a analizar desde las publicaciones semestrales emanadas por las organizaciones de arquitectos cómo se entendió el paso desde las formas estilísticas neo-coloniales a las formas modernas (asociadas las últimas a los adelantos científicos en la elaboración de materiales de construcción). El autor realiza una interesante correlación entre los debates instalados por las revistas y su

correlato en las acciones emprendidas por los arquitectos y el Estado, para acabar observando que ambas tendencias que partieron en carriles paralelos, hacia la década de 1940 terminaron por fundirse en la aceptación de la corriente estilística moderna como la preponderante en el país.

Para iniciar nuestro estudio sobre el libro debemos retornar a la pregunta de investigación, afirmando que la misma no es casual; como el autor nos indica, hasta el siglo diecinueve se consideraba a la arquitectura una parte de la ingeniería constructiva, que se diferenciaba únicamente por la generación de formas superficiales que cubrían y decoraban la estructura gruesa de las habitaciones o edificios. Para las personas creadoras de arquitectura, el estilo arquitectónico era el nudo histórico que, estructurado en escuelas (griega, romana, medieval, colonial, etc.), daba coherencia a sus peticiones para buscar su independencia de la ingeniería. Particularmente para el caso chileno, fue la enseñanza del estilo arquitectónico la puerta de entrada para la creación de ramos y cursos de arquitectura en las facultades de ingeniería de las universidades decimonónicas —los primeros cursos se comenzaron a dictar en la Universidad de Chile en 1849, a su vez para el caso de la Pontificia Universidad de Chile se iniciaron en 1894—. La débil autonomía que logró el naciente gremio

arquitectónico, aún dominado por individuos sin formación académica, se debió a su adscripción a las formas estilísticas clásicas; reivindicando como propia y necesaria la imitación.

Los primeros años del siglo XX vieron la conformación de las primeras asociaciones gremiales —Sociedad Central de Arquitectos en 1907 y Asociación de Arquitectos en 1923— y sus primeros órganos de difusión intelectual. Desde el año de 1913 se publicaron revistas semestrales que se orientaban a la difusión de las discusiones actuales en torno a la arquitectura y abrieron la primera veta para la introducción de las nuevas orientaciones de la arquitectura, centrada el uso de materiales modernos y técnicas matemáticas de construcción.¹ En las primeras revistas se profundizaba en cómo la elaboración de nuevos materiales arquitectónicos había posibilitado aliviar los pesos constructivos sin afectar la solidez de la edificación (v.gr. hormigón armado, vigas metálicas, etc.). Subrepticamente las publicaciones apelaban por la introducción de las nuevas tendencias dentro de los currículos de las escuelas arquitectónicas del país. Siendo una discusión abierta a la academia nacional que, en diversos niveles, ya comenzaba a mezclar los nuevos materiales de construcción con las formas estilísticas clásicas. Convivencia pacífica que se mantuvo hasta el año 1928, cuando ocurrió el terremoto de Talca.

En 1928 se produjo un terremoto en la región talquina que destruyó parte de la ciudad, apareciendo el gremio arquitectónico como uno de los primeros en solicitar al Estado su intervención y

¹ El autor refiere a seis publicaciones semestrales que dentro del período estudiado se abocaron a la exposición exclusiva de las problemáticas arquitectónicas: Revista de Arquitectura (1913-1923); El Arquitecto (1924-1927); Forma (1927); Arquitectura y arte decorativo (1928-1931); ARQuitectura (1935-1936); Urbanismo y Arquitectura (1936-1941).

legislación para impedir que se mantuvieran las formas tradicionales de construcción. En respuesta a la catástrofe, el Estado dictó en 1930 la primera Ordenanza General de Construcciones y Urbanización, que estipulaba la utilización de materiales modernos en la elaboración de viviendas y edificios (en pos de una construcción a-sísmica). Los estudiantes de las escuelas de arquitectura respondieron consternados, apelando a que sus mallas académicas no estaban preparadas para afrontar los nuevos desafíos de la Ordenanza. El movimiento estudiantil de 1933 levantó la voz indicando que frente a las problemáticas de la vivienda popular (producto de la concentración urbana precaria) se debía pensar en una arquitectura en serie y funcional a los espacios mínimos, desechando para siempre los cánones estéticos como centro del quehacer arquitectónico.²

Este nuevo movimiento reivindicó la necesidad del Estado de cautelar la posición preferencial del arquitecto con

² En palabras del autor: «Después de todo, el estilo había sido por siglos el código de representación formal de la arquitectura; cambiaban los elementos, evolucionaban otros, se adaptaban nuevas combinatorias de proporción y se variaban disposiciones, pero se conservaba incólume la idea misma de estilo como recurso indiscutido de la composición formal. Los estilos fueron el medio de transmisión de la tradición y los símbolos culturales. Aquellas formas que lograban ser incorporadas a un estilo estaban simultáneamente sancionadas ante la comunidad. Los estilos eran inherentes a la arquitectura y era impensable sustraerse al empleo de ellos. Los estilos estaban asociados a la representación de la belleza, lo habían estado desde el origen de los órdenes griegos. Por eso es comprensible que cuando las primeras 'sublevaciones' modernas se hicieron presentes, estas causarían tanto revuelo y escandalizarían por la ruptura que plantearon con la tradición; formas desnudas de ornamentos, alardeando de materiales y tecnologías de construcción nuevos. Era impensable una arquitectura sin estilos, sin ornamentos y sin el superior propósito de representar la belleza». Nota al pie 3, p. 124.

formación académica en todas las construcciones que se realizaran en el marco de la Ordenanza de 1930 y, además con una lectura ideológica de clase, llamaban a eliminar la plusvalía de los terrenos y edificar viviendas colectivas para los trabajadores de las grandes ciudades chilenas (pp. 63, 103 y 271). Sin llegar a los extremos de sus congéneres otros arquitectos, que también se reconocían como propulsores del 'estilo moderno', llamaron a la formación de una escuela arquitectónica nacional. Imbuidos en el nacionalismo de las décadas de 1920 y 1930, estos arquitectos vieron similitudes entre las formas rectas y desprovistas de adornos de la arquitectura moderna con las formas estilísticas de los pueblos precolombinos —la geometría de los tejidos mapuches y cerámica del norte chico, la monumentalidad de la construcción incaica, etc.—

Lentamente las revistas, con pronunciados matices, mostraban la aceptación de las formas modernas dentro de las diversas vertientes de la arquitectura chilena; siendo el terremoto que impactó a Chillán en 1939 la coyuntura que consolidó a las formas modernas por sobre las clásicas. La destrucción casi total de la ciudad de Chillán en 1939 mostró que las modificaciones establecidas por la Ordenanza de 1930 habían sido desoidas, forzando al Gobierno a parcializarse definitivamente por la arquitectura de estilo moderno. El Gobierno del Frente Popular chileno, dirigido por Pedro Aguirre Cerda, se veía a sí mismo como un Gobierno de ruptura, que rompía con los cánones decimonónicos del empate político (entre liberales y conservadores) y se presentaba como un conglomerado dispuesto a enfrentar los desafíos del siglo XX con políticas modernas. No obstante aquel relato político distaba de símbolos, por tanto asumieron las formas estilísticas modernas como un sello de sus gobiernos. Chillán fue la tabula rasa para sus políticas de habitación popular, a su vez, que el entorno arquitectónico que rodeaba a la casa de La Moneda se transformó en la expresión más visible de su adopción del

estilo moderno (prudente es decir que esta modernización del centro cívico había sido iniciada por Carlos Ibáñez del Campo una década antes).

En este ambiente de apertura, los grupos arquitectónicos nacidos del movimiento estudiantil de 1933 y que habían creado diversas revistas en los años siguientes, eran las caras más visibles del movimiento y, en el mediano plazo, fueron los más favorecidos por el Estado para plasmar en el espacio público su visión arquitectónica. Finalmente, y ganándole la mano a sus antiguos profesores, este grupo arquitectónico logró en 1942 la creación del Colegio de Arquitecto y las reformas universitarias que permitieron el establecimiento de facultades y carreras autónomas en el área de arquitectura (en la Universidad de Chile en 1946, 1948 para la Pontificia Universidad Católica de Chile).

El libro reseñado que va desde 1907 con la creación de la primera sociedad de arquitectos hasta la creación del Colegio en 1942, se organizó para intentar mostrar cómo las disputas sobre la importación de los estilos se vuelve artificial cuando se contraponen con las variaciones conceptuales de las respectivas academias de arquitectura. Con prolijidad, Max Aguirre nos muestra que para la arquitectura chilena de la primera parte del siglo XX los eventos más importantes no fueron los estilos sino su consolidación como gremio profesional y reconocimiento de sus reivindicaciones gremiales por parte de los estamentos públicos —al que se sumó, indudablemente, la preferencia del Estado por un estilo arquitectónico sobre otros—. Como el autor nos indica, no existen estilos puros dentro de ningún ámbito artístico, por tanto la búsqueda de la originalidad extrema aparece como un recurso más retórico que realista. Lo que debe primar, según el autor, es la comprensión de cómo son aprehendidos los nuevos estilos y cómo logran transformarse en estilos válidos a ojos de la opinión pública.

Siendo la conclusión principal la expuesta en el párrafo anterior, podemos igualmente

resaltar otras innovaciones metodológicas que aparecen como pertinentes y novedosas. La primera, y más evidente, es la exposición de la problemática arquitectónica como una discusión que envuelve a diversas personas, tendencias y estilos. No es superficial esa afirmación, ya que como lo dice el autor en su introducción, la historiografía de la arquitectura en Chile se había abocado a explicitar la organización conceptual de un estilo o, inversamente, a centrarse en la persona individual de un arquitecto. Aguirre propone la superación de ambas visiones al considerar que el mejor acercamiento es la consideración de los arquitectos como un grupo, con fisuras y cohesiones, que busca llegar a consensos internos en tanto desea el reconocimiento social por parte de otros gremios y el Estado. Visión gremial que nos parece interesante no sólo para el caso de la arquitectura sino para toda organización profesional o académica, ya que instala históricamente a los sujetos, dándoles corporalidad a sus decisiones sin caer en visiones personalistas que desestiman las capacidades de disenso y consenso dentro de las organizaciones sociales. Un segundo elemento a resaltar, y que se deriva del anterior, es la utilización como fuente documental de las revistas académicas; observadas no sólo como difusoras de artículos sino, también, como propulsoras de opinión y discusión dentro de su gremio —ya sea vía editoriales o por la selección de los artículos publicados—. Las revistas de arquitectura que presenta el autor son difusoras de ciencia e ideología, imaginadas como indivisibles y complementarias. En este punto, Aguirre hace su mayor aporte metodológico a los estudios de las academias en general, al contraponer el desarrollo histórico del gremio con sus medios de difusión y discusión interna; la revista académica se instala como mecanismo de autoafirmación gremial, a la vez de faro, moral, ético y científico dentro de la profesión. Lectura ética que las otras academias han optado por no integrar a sus recuentos históricos (como grupos profesionales, académicos y de ciudadanos). Finalmente, quisiéramos

destacar un tercer punto orientado a la exposición de variopintos 'actores secundarios' que intervinieron dentro de las discusiones gremiales de los arquitectos, siendo los más relevantes los debates establecidos en torno a la identidad nacional, el rol político de los ciudadanos, el rol del Estado en la sociedad y el margen que le cabe a la geografía en el devenir humano. Elementos todos que, nuevamente, refrescan la visión gremial e impiden que se cierre sobre sí y provoque un cerco de comprensión que explicaría los cambios dentro del gremio única y exclusivamente por mudas acaecidas dentro del mismo. Enfoque central en todo estudio posterior de los gremios académicos o profesionales, en pos de facilitar su comprensión como parte de la sociedad y no como organismos que debaten un tema allende a su calidad de participantes de la sociedad y las preocupaciones que vuelca la sociedad sobre aquel gremio.